

¿Qué hacemos con Rusia?

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Éste es el interrogante que se hacen las autoridades de la Unión Europea y que, tal vez, los líderes de los estados que la conforman deban resolver en la próxima reunión de marzo. Máxime, después del fallido viaje de Josep Borrell, Alto Representante de la UE para Asuntos Exteriores. Él es partidario de “acciones robustas”, que podrían concretarse en sanciones, lo que tensaría sobremanera los lazos con el Kremlin. De hecho, su jefe de la diplomacia, Serguéi Lavrov, ha advertido de que Rusia no busca el aislamiento, pero que no va a admitir medidas que habrían de perjudicar a su economía. Ésta es, por consiguiente, la clave de las conversaciones que habrán de tener los dirigentes europeos para paliar la situación.

Una situación agravada por el propio Borrell, quien decidió ir a Moscú a cantarle las cuarenta a Lavrov por la detención del opositor Alexéi Navalni y no hizo sino el ridículo, poniendo en peligro la propia política exterior de la UE hacia Rusia. Según él, quería “tomar el pulso allí” y el resultado fue nefasto: humillación en rueda de prensa y expulsión de tres diplomáticos europeos. Menudo logro. Y es que, en verdad, el desplazamiento era un problema en sí mismo. Primero, porque no contaba con el apoyo de los 27. Varias naciones del Este lo habían desaconsejado (principalmente, las repúblicas bálticas y Polonia), por entender que no era bueno intentar tender puentes con el régimen de Putin. Y, segundo, porque el viaje estaba mal preparado, ya que, si vas hasta la capital rusa a pedir la liberación de Navalni, tienes que tener perfectamente preparadas las preguntas y respuestas que te vaya a hacer la otra parte. En este caso, Lavrov, uno de los titulares de Asuntos Exteriores más experimentados del mundo. Egresado del Instituto Estatal de Relaciones Exteriores, ha hecho su carrera profesional en el Ministerio del ramo, con cargos importantes como viceministro de Exteriores y embajador en la ONU, hasta ser nombrado su responsable en marzo de 2004. Lavrov es un viejo zorro curtido en mil batallas y sabía perfectamente a lo que iba Borrell. ¿Ingenuidad del catalán? Para nada. Prepotencia, que es lo que siempre le ha caracterizado y lo que le ha hecho ganarse tantos enemigos a lo largo de su vida política, en el PSOE y fuera del partido, incluyendo a la propia Úrsula von der Leyen, con quien tampoco se lleva muy allá.

Evidentemente, estoy en contra del encarcelamiento de Navalni y de su intento de asesinato. Aunque Borrell no era el idóneo para hacer esta denuncia en persona. Gastárselas con Putin y su gobierno no es tarea fácil y yo sólo veo capaz a una dirigente para poder asumir esta misión, Ángela Merkel, mandataria competente, respetada por Putin y conocedora del modus operandi del Kremlin. En cualquier caso, si la Unión Europea quiere poner sobre la mesa el tema de los derechos humanos, me parece adecuado, si bien lo debe hacer con todas las consecuencias. O sea, no limitarse sólo a Rusia, sino también a aquellos países donde tales derechos son pisoteados constantemente (China o Arabia saudí, por ejemplo). Incluso, a Estados Unidos, que sigue manteniendo Guantánamo. Desgraciadamente, en las relaciones internacionales hace tiempo que ese tema ha desaparecido de la agenda (si es que en alguna ocasión lo estuvo) y sólo cuentan los intereses económicos y geoestratégicos. Esa deriva de autoritarismo a la que estamos asistiendo hace que los opositores puedan ser eliminados, envenenados o descuartizados en sede diplomática, como fue el caso de Jamal Khashoggi, sin que prácticamente no suceda nada. Sí creo que la UE es el actor mejor

situado para hacer una reivindicación de esta naturaleza, mas dudo de que esté en condiciones de hacerla, por lo que toca contemporizar.

Rusia es un vecino demasiado poderoso como para llevarse mal y, por ende, habrá que arbitrar un modelo de convivencia que permita limar asperezas. Hay que recordar que, desde la implosión de la URSS, Rusia lleva cediendo en muchas cosas, siendo su única línea roja Ucrania. Los analistas están de acuerdo en señalar que Rusia sin Ucrania deja de ser un imperio euro-asiático, de manera que Moscú nunca va a ceder en este punto. Ha permitido que la OTAN se haya extendido hasta sus fronteras y basta. Bruselas no puede consentir el afán revanchista de algunos miembros y debe tener mayor altura de miras. Y aquí reside el gran obstáculo de una política exterior común de la UE, pues los socios tienen disposiciones dispares respecto de Rusia. Para los bálticos, Suecia y Polonia, hay que frenar a Putin como sea, mientras Grecia, Italia y especialmente Hungría mantienen buenas conexiones con el Kremlin. Por no hablar del Nord Stream 2, el gasoducto que conectará Rusia con Alemania por el mar Báltico, donde los germanos tienen hechas grandes inversiones. Ante un panorama tan diverso, es harto difícil mantener una única voz, por lo que los líderes europeos, lejos de querer satisfacer el orgullo herido de Borrell, tendrán que calibrar con buen tino qué hacer con Rusia, puesto que, personalmente, no soy partidario de una confrontación directa.

15 de febrero de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, p. 26